

*En aquel tiempo, estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan: «Mujer, ¿por qué lloras?». Ella contesta: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto». Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: «Mujer, ¿por qué lloras?». Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré». Jesús le dice: «¡María!». Ella se vuelve y le dice: «¡Rabbuní!», que significa: «¡Maestro!». Jesús le dice: «No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, ande, ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”». María la Magdalena fue y anunció a los discípulos: «He visto al Señor y ha dicho esto».*

Hoy tenemos un relato conmovedor que nos presenta un encuentro especial entre Jesús resucitado y María Magdalena.

María Magdalena llega al sepulcro y encuentra la piedra corrida. Preocupada, corre a contarle a los discípulos que el cuerpo de Jesús ha sido sacado. Llena de angustia y dolor, se queda sola en el sepulcro llorando. En ese momento, Jesús se le aparece, pero ella no lo reconoce de inmediato. Piensa que es el jardinero hasta que Jesús la llama por su nombre: "María".

Este momento de reconocimiento es profundamente significativo. Jesús nos conoce a cada uno de nosotros personalmente. Nos llama por nuestro nombre, nos conoce en lo más profundo de nuestro ser, y nos invita a reconocerlo en medio de nuestras dificultades y aflicciones.

María Magdalena, al oírse llamada por Jesús, experimenta una transformación radical. Deja atrás el dolor y la desesperación para abrazar la alegría y la esperanza que trae la presencia viva del Señor resucitado. Este encuentro la llena de gozo y la impulsa a anunciar la buena nueva a los demás.

Así como María Magdalena, también nosotros podemos experimentar la presencia viva de Jesús en nuestras vidas. En medio de nuestras tristezas y preocupaciones, él está presente, llamándonos por nuestro nombre, invitándonos a experimentar su amor y su misericordia.

Que la Virgen María nos inspire a dejar atrás nuestras preocupaciones y temores, para abrazar la esperanza y la vida que solo Jesús puede ofrecer.